

## Oficio de escritor

*Al compás de la rueda*, Juan Ignacio Colil.  
Santiago: Das Kapital Ediciones, 2010.

Francisco Miranda<sup>1</sup>

“Escuchamos unos golpes en la puerta. Nos quedamos paralizados, mirándonos en silencio. Ninguno de nosotros se atrevió a pronunciar palabra. Todo se resolvió en un rápido cruce de miradas. No teníamos alternativa. El viejo se desangraba en el baño, pero por lo menos permanecía callado. Dimos un rápido vistazo a nuestro alrededor. Algunos papeles desparamados por el suelo decían más de lo necesario. Los golpes volvieron a sonar en la puerta”.  
(Ventana)



que abrirá la caja fuerte para obtener los papeles deseados, dejaré en la voz de la crítica literaria el papel de encontrar la combinación para abrir esta caja narrativa. A pesar que necesariamente siempre seguiré siendo lector, me propongo

abordar esta presentación desde el oficio de la escritora. La libertad para disfrutar y conversar con estos cuentos desde la perspectiva del lector, la dejo en sus manos y que, a la manera del personaje que golpea a la puerta, esperan que alguien los atienda...

Dos temporadas, al menos, dialogan en estos cuentos con meridiana nitidez. Dos temporadas y muchos lugares. Los ochenta (el pasado, la resistencia de la memoria) y la primera década del nuevo siglo, especialmente de

Tengo cuatro opciones, por lo menos, para abordar este libro. Como profesor de castellano, como crítico literario, como lector o como escritor. Puesto que, como dice el relato, “el viejo se desangraba en el baño, pero por lo menos permanecía callado”, dejaré de lado al profesor que me habita. Puesto que uno de los personajes es el especialista

las zonas no visibilizadas por ningún medio, lo invisible, (a modo de develar, “denunciar”, diríamos en los ochenta). La juventud y la adultez. Por lo mismo, nos encontramos con personajes veinteañeros y cuarentones.

La reconstrucción de un pasado, la década pesada, la época negada, ocultada y gris; los ochenta, con todo lo luminoso y vital, con todo lo oscuro y mortal que significa ese tiempo, vuelve a hacerse presente (desde una azotea en el Peda):

“Abajo los días transcurrían como solían hacerlo en una universidad bajo la dictadura. Marchas, protestas, ollas comunes, infiltrados políticos, jóvenes conscientes, profesores con pasado turbulento, estudiantes esforzados, amores en los jardines, canciones de Víctor Jara, guardias con lumas, radios, bigotes y un etcétera interminable”.

“Nunca nos sentimos mejores o superiores que el resto, sino simplemente que vivíamos en una franja angosta de realidad. Una franja que se manifestaba espacialmente en ese cuadrado que era la azotea. ¿Un punto de fuga?”. (Azotea)

Los espacios y lugares que se abren ante nuestra pantalla

mental son múltiples y diversos: la memoria y la imaginación; la realidad y la ficción; la leyenda y la mentira, la universidad y el barrio o los barrios; la ciudad y el campo, el sur del país.

Juan Colil, a medida que nos cuenta, decide abrir las ventanas de su escritorio (el aposento) para que podamos ver su práctica de la escritura, o al menos, nos cuenta una historia de cómo aborda el ejercicio de escribir, de la manera en que asume, vive y enfrenta el oficio de escribir.

“Lo conocí hace varios años... pero nuestra amistad surgió cuando un día sin mayor aviso se sentó delante de mí y me pidió que escribiera su historia. Me dijo que él había tratado de escribirla varias veces, pero nunca quedaba conforme. Sé que tú escribes y necesito que me ayudes. Eso fue lo que me dijo y en ese momento me sentí un verdadero escritor... Cuéntame tu historia, le dije sin mucha fe”.

“Intenté escribir su historia durante mucho tiempo. Hice dos o tres ensayos que no me gustaron y a él tampoco. Pero eso no nos importó porque nos hicimos amigos o algo parecido”. (El amigo Marinao).

Destaco, con este fragmento,

un primer valor, el de la escritura como medio de amistad, que deviene en conversa, en compañía, en caminar juntos, al menos una parte del trayecto de la vida, que es la escritura, la lectura. Pero la amistad que quiero destacar es la que se puede dar, o buscar con pasión, es la amistad entre literatura y realidad social.

Otro detalle expresado es el de ese intento de escribir la historia, que no es más que la práctica de re-escribir, una, dos, varias veces, pero nunca quedar conforme con el resultado y, por lo mismo, se insiste en el proceso, se persiste en escribir.

En el cuento "El amigo Marinao" sucede otro hecho significativo. En este relato se complementa la historia que da inicio a este libro "Ventana". Juan Colil vuelve sobre sus escritos, vuelve sobre sus pasos, vuelve a sus cuentos y novelas, retomando, y sobreescribiendo, a veces desde otra perspectiva, desde otros personajes, en otros lugares, las mismas historias, a la manera de las obsesiones, de los temas reiterados, que no se agotan, porque contienen la vida en abundancia que se desea rescatar.

En cuatro relatos, Juan Colil aborda franca y directamente el tema de la práctica de la

escritura. En "El oficio de escritor", se nos muestran los orígenes del ...

"En aquel tiempo yo comenzaba a escribir mis primeros cuentos, y siendo franco, cada palabra que lograba llegar al papel me parecía un triunfo de la literatura".

"Fue en esa época también que conocí a Orlando. Supe de manera casual que se dedicaba a la escritura".

"Iniciamos una amistad centrada en las letras; hablábamos de..., todos escritores que yo conocía de nombre y que me vi obligado a leer para poder seguir a mi nuevo amigo en sus disquisiciones sobre los relatos... Me tuve que armar de valor y ganas, y lanzarme a leer cuentos, novelas y poemas para situarme a la altura que las circunstancias me exigían. No podía permitirme lugares comunes, juicios simplones. Fue una ardua tarea..."

A pesar de ser una ardua tarea el inicio, también nos enteramos de un misterio clave entre los escritores:

"Meses más tarde me enteré, confesión inducida alcohol mediante, que mi amigo nunca había leído a nadie, quizás con esfuerzo los libros del colegio.... Contrario a lo que pudiera pensarse no me sentí engañado ni

traicionado... Para él, el engaño no significó gran cosa, ya que no tuvo intenciones de embaucarme; fui yo el que se dejó llevar y quien construyó a partir de sus opiniones un edificio teórico cimentado en profundas y extensas lecturas imaginarias”.

En otro cuento, “Encuentro en Tlaloc”, Colil aborda la reflexión en torno a la obra de un autor de culto, Painemal, un narrador mapuche avecindado desde pequeño en Santiago, y cuya fama por lo desconocido es un pretexto para rendir tributo, a la manera de un “cover”, que para los músicos resulta ser más práctico y posible, ya que se puede vivir, incluso, a expensas de la obra de otro, a la manera de Beatlmanía o Brian Damaged (que tributa a Pink Floyd). Para un escritor el hacer un “cover” es un pecado de plagio lisa y llanamente. No es bien visto reproducir el escrito, una obra, o parte de ella, de otro, y decir que es uno el autor, ni siquiera el intérprete. No obstante, aunque es mal visto, sucede. Es solo una cuestión de actitud.

Las maneras para acceder a la escritura de otro, antes de su publicación, son muchas, accidentales o intencionadas. Si en “Encuentro en Tlaloc”, conocemos el robo o pérdida

de una tesis referida a Painemal, y a su alter ego Marinao, en “La caída”, nos encontramos con el descubrimiento de la reseña de una obra original traducida por una mujer que ha muerto:

“La autora dice que no inventa historias, sino que trabaja con el inconsciente colectivo. De este modo su obra aparece como un recuento insólito, pero a la vez familiar, un registro personal y al mismo tiempo una fotografía...”.

Entonces, para modelar la hipótesis, puesto que el oficio de escribir o reescribir no nos asegura ninguna originalidad, la base de toda escritura está en la lectura de autores ignorados o desconocidos, o en el invento de un autor sin igual, a la manera de Morelli, en Cortázar, o el viejo Melquiades, de García Márquez, y dejarse influir o contaminar por esa escritura. O, desde otro lado, transformarse uno mismo en alter ego de uno mismo y desdoblarse en el ejercicio esquizofrénico de la literatura.

El cuarto relato es “Cuestión de actitud”, en donde vemos la opción menos reconocida y más repudiada: la apropiación de la escritura ajena (muerto el autor) y la

publicación, fama incluida, a nombre propio. En este caso, un poeta menor y sin mucho talento, conoce a un gran poeta anónimo e inédito.

“Me había llamado la atención verlo siempre con libros. Supe que tenía un local de libros viejos en uno de aquellos vetustos y angostos pasajes perdidos en calle San Diego...”

“Conversábamos de algunos autores, pero evidentemente sus conocimientos superaban todas mis lecturas.”

El hombre ha muerto en su departamento. Los vecinos, invitados por el mal olor, irrumpen y descubre el cadáver sentado en un sillón frente a un aparato de televisión...

“En la confusión aproveché de hurgar entre los libros del difunto... En ese momento supe que el tipo era poeta. En una de sus estanterías había unos cuantos archivadores que contenían sus obras. Todos firmados con su nombre... Revisé rápidamente y elegí dos... Los guardé entre mis ropas y me uní al grupo que comentaba con estupor el hecho.

Ese fue mi inicio real en la literatura”.

Y de ahí, la fama, la consagración, los viajes... estaban a

un paso, y cómo solo es cuestión de actitud, el poeta emergente dio ese pequeño paso e inició un camino de escritor reconocido.

De este modo, a la manera de la película *¿Quién quiere ser John Malcovich?*, diría que a través de este libro hay una invitación provocativa: ¿quién quiere ser Juan Colil? Y a través de sus ojos descubrir las historias y las vidas que él conoció, vivió, leyó o supo de oídas. Esta es la invitación a los lectores para que al leer este libro puedan sentir la emoción de Juan Colil al momento de escribir los cuentos que hacen parte de él. Sobre los demás relatos de este volumen, la invitación es a disfrutar de su lectura, y diré con palabras del propio Juan Colil:

*Además me interesa que sea ágil, que pueda interesar al lector desde el inicio y que se pueda conectar con todas las historias... No soy de los que buscan el final claro y abierto, prefiero que queden algunas dudas de forma de inquietar al lector. La historia nunca está del todo resuelta.*

#### Nota

- 1 Francisco Miranda. (Santiago, 1962). Escritor, profesor, educador popular, editor independiente.